

LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

PATRIOTISMO Y CARIDAD

NUESTRA amada España atraviesa ahora unos meses de prueba dura para muchos corazones. Desde principios de Julio hasta hoy—y ¿quién sabe hasta cuándo?—se han derramado muchas lágrimas, y con ellas y antes de ellas y después de ellas, muchos gemidos dolorosos y mucha sangre. Unos han llorado por verse privados de sus bienes, de sus parientes..., del hijo de sus entrañas: otros por amor propio individual ó colectivo, de rabia, de despecho, movidos por el celo amargo del pundonor ó de la reputación: otros han llorado por caridad, por amor á Dios y á sus semejantes, porque ven á Dios ultrajado, perseguida la justicia, maltratados los justos... y tantos hombres pecadores que en estos días azarosos han bajado al infierno, además del contingente más que regular que cada día, aun en tiempos normales, ingresa en aquella mazmorra obscura y tremenda, hasta lo infinito, lago obscuro y cenagoso de azufre ardiente y fosforescente, en el cual no se oye más que el gemir del alma y el rechinar de dientes, según la expresiva y temerosa imagen de la Sagrada Escritura.

Muchos, también, han hecho y siguen haciendo el sacrificio de sus intereses y de su sangre; pero unos lo hacen instigados por el espíritu malo, que es todo disolución y guerra impía, ó quizá también forzados por la justicia humana ó por la justicia divina: otros lo hacen por cierto carácter jactancioso, espíritu vano, que da á conocer la personita antes que la obra, y el nombre de la persona antes que la persona misma: otros por inclinación á la beneficencia individual ó colectiva, pero puramente natural y, bien que espiritual, terrena; es lo que suelen llamar *filantropía*, y otros, abusando del significado que la palabra tiene entre cristianos, la llaman *patriotismo*: otros, por fin, han hecho el sacrificio de sus bienes, ó de su sangre, ó de sus vidas, en aras de la

caridad, por defender la justicia de Cristo, por aliviar las necesidades de sus conciudadanos, á quienes si con fruto hemos de amar, ha de ser en Cristo y para Cristo. Yo presentaría con gusto, y contraponiéndolos, algunos hechos recientes, de ahora, de personas que han hecho y hacen grandes sacrificios por móviles que no son el amor de Dios y el prójimo por Dios, y otros que lo hacen por la caridad más ardiente y acendrada... Pero por suerte, escribo para un pueblo cristiano, en el que no conviene poner de manifiesto los que, á pesar de sus grandes obras y beneficios..., no alcanzan á ser medianos cristianos, porque para serlo se necesita obrar como tales, por amor, por caridad, por Dios.

Yo sólo quiero, ahora, en el tiempo de la prueba, que es el tiempo de la tribulación, hacer reflexionar á las almas verdaderamente cristianas y hacer que sus obras y sus sentimientos... y sus corazones, desgarrados por el dolor, sean algo más que una palabra huera, más que un ideal quimérico y fútil, aunque de bellos colores, más aún que obras y sentimientos humanos honrados y buenos, sean obras cristianas, es decir divinas, merecedoras de premio eterno, de valor casi infinito, agradables á Dios y hechas con su espíritu, que es vida y vida eterna.

Supongamos una esposa pobre, con dos... tres niños. La pobrecita ha quedado viuda estos días; su esposo ha muerto en la guerra lleno de fe y de patriotismo, luchando como un león con los enemigos de Dios y de su patria, con los moros idólatras y bárbaros.—La pobre mujer recibe la noticia con horror; imagínase fácilmente á su esposo peleando, lívido, muriendo... muerto; mira lo venidero todo obscuro, incierto, horroroso; contempla á sus hijos, pobrecitos, sin educación, sin pan, sin padre... Llora afligida, inconsolable, parece que la tormenta no ha de cesar jamás. Cada visita, cada palabra, cada mirada de sus parientes ó de sus amigos la ponen ante los ojos de su alma á su marido muerto, ó los hijos de sus entrañas, á ella desolada y llorosa.

Pero aquella mujer pobre, viuda, con hijitos que no pueden valerse, llega á vencerse á sí misma, á superar sus sentimientos de tristeza, sus corazonadas de esposa y de madre. Piensa que su esposo ha perecido con gloria, luchando como fiel y como bueno en defensa de su patria, de España, de los que en España vivimos... y se dice: «no hay por qué llorar ni por qué afligirse; gloria es para él haber muerto así y gloria es para mí y gloria para mis hijos».

Supongamos otra mujer, también pobre, desamparada, en idénticas circunstancias..., hecha un mar de dolor, llorando también por su esposo muerto en la guerra, por sus niños inválidos, por su situación penosa de soledad y de abandono... En el momento agudo de su dolor, aquella mujer atribulada levanta los ojos llorosos al cielo y dice con resignación cristiana: «¡Señor! pues que así lo queréis, cúmplase vuestra voluntad. Yo lloraré porque soy esposa y porque soy madre... pero mis lágrimas no son una protesta; á Vos hago el sacrificio de mi esposo muerto, de mis hijos pobres, de mi alma atribulada».

Hay que comparar á estas dos pobres mujeres á quienes la tribulación visita. No tendría yo inconveniente en admitir como juez al hombre más duro y más impío del mundo; pero aquí debe serlo el que lea, con toda su alma de cristiano.—Las dos mujeres son fuertes; las dos hacen uno de los mayores sacrificios que puede hacer una mujer sobre la tierra. Pero ¿qué vale el sacrificio de la una y qué el de la otra? El primero, en el fondo, es soberbia pura, es tontería, paja que se quema, humo que se disipa; es la gloria humana, la gloria vana ó vanagloria. De aquí á dos, tres ó cuatro meses recibirá una gratificación. Le darán alguna suma en metálico, algún periódico citará el nombre del marido muerto, alguien dirá que fué muy valiente... Han pasado un año ó dos años... y todo se ha olvidado.

Si el muerto era una persona notable y conspicua, después de medio siglo nadie le conocerá más que de nombre. La vida del marido y el dolor y las calamidades de la madre viuda y de los hijos huérfanos está pagado con unas cuantas pesetas ó unos cuantos duros y con que digan los hombres que aquel hombre, el guerrero murió con gloria... ¡Qué baratos se venden los que no son cristianos buenos...! Después, en el juicio, Dios dirá al marido y á la mujer y á los hijos: «no hicisteis el sacrificio por mí; lo hicisteis por los hombres y los hombres os lo han pagado». *Receperunt mercedem suam*, ya han recibo su recompensa.

El sacrificio de la mujer segunda, de la que levanta los ojos al cielo y deposita á sus hijos, á su alma en brazos de la providencia divina, es todo virtud sólida, valor todo neto, mérito de vida eterna... De aquí á dos, tres ó cuatro meses recibirá una gratificación, también se hablará de su marido valiente, muerto con muerte gloriosa. Pasan algunos años y también se han olvidado ya todos del pobre soldado y de la

pobre viuda y de los pobres hijos. Pero el sacrificio no está pagado; el mundo da todo eso á los que hacen el sacrificio, porque se lo debe... pero el sacrificio vale mucho más.

El día de mañana, cuando seamos juzgados, Dios Nuestro Señor no podrá decir á la pobre viuda que levantó los ojos al cielo, que su sacrificio está remunerado. Aquella pobre mujer era buena cristiana, y los cristianos de verdad no venden por precios tan míseros y tan bajos sus sentimientos, y sus obras y sus palabras.—El premio de las obras y de los sacrificios que se hacen por Dios no tienen otro premio digno más que Dios mismo. ¡Cristianos que padecéis en vuestra carne ó en vuestro espíritu, tenedlo presente...!

VISIÓN DE SANTO DOMINGO

ROMA, la ciudad de los Papas, dormía en el profundo silencio de una noche quieta y tranquila. En uno de sus monasterios que se alzan sobre el Aventino, á orillas del Tíber, vivía por entonces el gran Padre de los frailes predicadores, y en aquel momento de silencio profundo, de calma majestuosa, hallábase él con los brazos cruzados sobre el pecho, inclinado su cuerpo hacia la tierra como quien siente sobre su alma el peso de la inmensa y suprema majestad, con los ojos clavados en el cielo como quien pretende sondear en lo infinito de los cielos el abismo de los designios de Dios sobre lo porvenir del mundo.

Sobre esta figura inmóvil y devota se ve la luz inspiradora, la irradiación de lo divino, que á su alma ilumina y vivifica. Santo Domingo, al parecer ya todo del cielo, todo tras-elevado, siente el impulso irresistible del éxtasis, y ve un espectáculo hermoso y consolador para su alma.

En lo más alto de los cielos se dejó ver el Dios de la majestad y de la grandeza, vestido de manto real, tachonado de estrellas, irradiando luz, justicia, paz... felicidad, amor á todos los cielos y á toda la tierra. A la derecha del Dios de la majestad estaba la Virgen Santísima como la vió el profeta, coronada de estrellas, vestida del sol, calzada de la luna y bendita entre todas las mujeres. Los espíritus angélicos en número infinito... todos los justos que lo habían sido en la tierra... todos rodeaban y contemplaban absortos aquel Dios

omnipotente y bondadoso, fuente de toda su felicidad y de toda su ventura. El pecho de Santo Domingo latía fuertemente, pugnaba por devorar su amargura... no pudo evitar que su corazón exhalase un grito, un gemido espiritual de dolor y de tristeza. Dirigió entonces una mirada de ansiedad, pero llena de amor y de confianza, á la Virgen Santísima. María penetró toda la amargura de aquel corazón santo y obligó á Santo Domingo á que se llegase á su presencia. El Santo se acercó á la Virgen lleno de confianza, pero siempre lleno de dolor, derramando lágrimas, y se postró á sus plantas benditas y escuchó las palabras amorosas de la Virgen que le decían: «¿Por qué lloras?» Domingo se sintió mudado y tuvo ánimo bastante para formular la causa de sus lágrimas ardientes y de su dolor intenso, para expresar confiadamente, amorosamente sus quejas: «Señora, contestó Domingo, aquí en el cielo veo religiosos de todas las Ordenes que son ya bienaventurados y gozan de la visión beatífica: pero no veo á ningún religioso de mi Orden». María parecía complacerse con la ansiedad amorosa y santa de Domingo: no parece sino que quería conocer, experimentar, fomentar el amor divino de nuestro santo Padre. Y entonces el Señor, revestido de una bondad indescriptible, de una dulzura más que paternal infinita, dijo á Santo Domingo: «¿Quieres ver los religiosos de tu Orden?» El Santo respondió con una candidez y una ternura infantiles: «Sí, Señor». «Tus religiosos, añadió Jesús, los he confiado á mi Madre Santísima, la Reina del Santísimo Rosario». Domingo dirigió una mirada suplicante á la Virgen y ésta desplegó entonces su manto hermosísimo, de grandes dimensiones, debajo del cual aparecieron los religiosos y religiosas de las tres Ordenes de Santo Domingo, vestidos todos de blanco hábito y adornados cada uno con la aureola de gloria correspondiente á sus especiales méritos y género de vida santa. Aquella multitud innumerable, infinita de hijos de Santo Domingo, entonaron un cántico de alabanzas á Jesús y á la Virgen... El alma de Santo Domingo estaba inundada de placer: pues ya, antes de salir de esta vida mortal, había visto los frutos hermosos de su santidad y de su apostolado, había visto á millares de hijos suyos que desde aquel momento para siempre, eternamente estarían alabando y glorificando á Dios Nuestro Señor, á cuya gloria había él encaminado todas sus obras, todo su corazón y toda su vida.

Santo Domingo confió su visión á una religiosa dominica

que hoy veneramos en los altares. Esta nos comunicó la confianza amigable de su Santo Padre, y desde que sabemos que los hijos de Santo Domingo tienen en el cielo el privilegio de estar acogidos bajo el manto de la Virgen, cada vez que después de las Completas cantamos la Salve á María, parece reproducirse en nuestras almas esta visión de nuestro glorioso Patriarca... y nos llenamos de santo orgullo y nos sentimos confiados, y nos sentimos hijos, hijos predilectos, amantes apasionados, valientes hasta el sacrificio... y le decimos á ella, á la Virgen: «Permite, Virgen Sagrada, que te alabemos y da á nuestros corazones esfuerzo para vencer á vuestros enemigos»: porque si éstos, los hijos de Domingo, «amando á María fueron santos, ¿cómo dejaremos nosotros de amarla? (San Agustín).

Y... hijos de Santo Domingo, son los religiosos y religiosas de su Orden, los individuos, hombres y mujeres, de su Orden Tercera, los asociados á alguna Cofradía del Rosario, á la Asociación del Rosario Perpétuo, del Rosario Viviente... todos los buenos cristianos que rezan con fe y con devoción el santísimo Rosario... Todos éstos, á título de hijos de Santo Domingo, están en el cielo, haciendo corte especial y escogida á la Virgen María, protegidos todos por el manto de su amor y de su misericordia. ¡Qué multitud de hijos de Domingo no están en el cielo bajo el manto de María! Cuando Santo Domingo los vió serían algunas docenas... porque sus instituciones religiosas, origen de su paternidad espiritual, estaban aún naciendo: hoy, Dios sabe; se pueden contar por millares, quizás por millones..., quizás no tengan cuento. ¡Ha sido tan admirable la fecundidad espiritual de la virtud de Santo Domingo!

DOS HOGARES

I

Nos encontramos en la vivienda de un obrero. Una sala que sirve de alcoba, una pequeña cocina y un patio. Es la hora en que empieza á despuntar la luz del día, la hora de las tiernas caricias en el hogar. Los que seáis padres, pero padres de verdad, habréis sentido en vuestro co-

razón algo que sólo vosotros sabéis, cuando, al dejar el hogar, cogéis en los brazos á vuestros hijos, imprimís en sus frentes un dulce beso, dirigís una amorosa mirada á la fiel compañera de vuestras penas y de vuestras alegrías, oráis por unos instantes con la Virgen bendita y después váis, con el alma y el corazón tranquilos, á ganar el pan para vuestra esposa y para vuestros hijitos.

En el hogar donde nos encontramos no pasa nada de eso. El marido, de humor pésimo; la mujer, recelosa y tímida; dos niños, sus hijos, yacen en un rincón sin escuchar los requiebros de una cariñosa madre, ni las caricias de un verdadero padre. El, el marido, dirige á la mujer palabras llenas de hiel, recorre la habitación con mirada torva, escrutadora, y, perjurando, se marcha al taller. La mujer se alegra de su partida, parece que la han librado de un gran peso. Es ya entrado el día. Las pobres criaturas han dejado su miserable rincón, sin que la madre se cuide de ellos. Sucios, pálidos, sin amor, sin caricias, sin una madre que los enseñe á amar, á orar, á ser hombres, viven sin tener noción de lo grande, de lo divino, de Dios. Son niños, serán jóvenes, serán hombres, sin saber su noble fin.

Ya el sol descende al ocaso. La madre y los hijos han comido unos mendrugos de pan; fuego no han encendido, porque no ha habido para qué; tienen hambre, pero no tienen pan. ¿Qué es del esposo? Ha olvidado que lo es, que es padre. Sólo muy de noche se acuerda que tiene hogar, pero no se acuerda durante el día que su mujer y sus hijos no tienen pan.

En un tiempo pareció amarlos. El vicio consume su jornal y la miseria su hogar. De noche, muy de noche, llega á casa. La mujer pide pan para sí y para los hijos; él jura, la insulta, la golpea. Los pequeños se asustan, tiemblan, esperan su parte, pero el león depona su ira ó la mitiga y marcha á dormirla.

¿No se advierte en esta familia la falta de algo? Sí, falta algo, falta todo, falta la paz, el amor, Dios. Un día se juraron amor, amor eterno, pero excluyeron de él á Dios; él había sido educado sin conocerlo, y ella lo conoció y lo amó, pero aquel amor y aquel conocimiento se habían borrado de su corazón. Al principio todo fué vida y dulzura. Pronto las flores empezaron á marchitarse, las espinas á herir sus plantas, la cruz á pesar mucho, á extinguirse el amor; y aquellos corazones, que se atraían, que sufrían y gozaban á la par,

se repelen, no se aman, no se toleran. En su hogar son frecuentes esas tragedias, que tienen lugar donde no reina la paz; sus hijos no saben qué es ternura, qué es amor; se cuidan tan poco de ellos! El ejemplo que les dan ¡es tan pernicioso! Ni una vez les han enseñado á levantar los ojos al cielo, no han educado su entendimiento, ni su corazón, ni sus facultades: ¿por qué?, porque no saben hacerlo, porque á ellos no los enseñaron á ser padres. Pronto se romperá el débil hilo que los une, y después... Salgamos de aquí, que si penetramos más adentro, hasta el fondo de esos corazones, de esas almas vacías, sin paz, sin amor, sin Dios, descubriremos tantas llagas, tantos dolores, tantas amarguras, desdichas tantas, que más vale queden en el misterio.

II

Penetremos en otro hogar, también humilde. Es la hora bella en que entramos en el anterior. Estamos en la alcoba ó dormitorio, que es también sala, pobre, pero aseada. Los esposos y dos niños componen la familia. El padre y la madre se encuentran junto á una camita, donde yacen los dos pedazos de sus almas. Los han despertado: van á vestirlos, pero antes han hecho sobre sus frentes la señal de la cruz. El padre pronto marcha al taller, todos se arrodillan ante una imagen de María, padres é hijos la saludan con ternura y la rezan con amor, el padre acaricia á sus hijos, se despide de su amada compañera, y después marcha tranquilo al cumplimiento de su deber. El hogar no pierde su encanto; la madre se entrega á las faenas de casa, lo arregla todo, todo lo pone en orden, asea á sus hijos, cuida de sus corazones con solicitud.

Dos veces al día viene el esposo á tomar el alimento necesario para reparar sus fuerzas, y los pocos instantes que permanece en el hogar, son instantes de dicha, de gozo, de alegría.

Llega la tarde, sale del taller, é inmediatamente marcha á su casa. Allí le esperan tres seres queridos, tres ángeles: su mujer y sus hijos. Le abrazan con ternura, él los besa con amor, y entre ellos encuentra el reposo y la distracción de sus fatigas.

Es de noche; en aquel hogar no ha faltado gozo ni pan; acaso éste no habrá sido muy abundante ni exquisito, pero

sí suficiente y grato y suave al paladar, como lo es el pan ganado con el sudor del rostro.

Es la hora de entregarse al reposo. Se arrodillan ante la imagen de María, rezan el Rosario, esa oración tan fácil, tan sencilla y tan sublime, tan grata á todos y tan poderosa para con Dios. Concluyen sus preces, acarician á sus pequeñuelos, los acomodan en su humilde lecho... Al poco tiempo sólo está de vela el ángel del hogar.

¿No hay en esta familia algo que fascina, que atrae, que encanta? También ellos sufren. ¿Quién no sufre? Todos tenemos penas, dolores, amarguras. Pero en el corazón verdaderamente cristiano esas penas, y dolores, y amarguras se unen con algo que los convierte en gozos, se unen con la fe, con la esperanza, con el amor. Esos jóvenes esposos nacieron en hogares cristianos, y sus padres les enseñaron á amar y servir á Dios, á ser buenos hijos, buenos padres y buenos ciudadanos. Un día se conocieron, se amaron, se unieron con indisoluble lazo al pie de los altares, y pusieron por testigo de su amor á Dios. Pasó la luna de miel, las espinas empezaron á brotar bajo sus plantas, las flores empezaron á perder sus encantos, la cruz se hizo pesada, muy pesada. ¿Qué hicieron? Volvieron los ojos al cielo, llamaron á Dios en su ayuda y Dios vino. El, que dijo que su yugo es suave y su carga leve, les hizo ver la verdad de sus palabras y los hizo felices en medio de las amarguras de la vida.

¿Y los hijos? Son dos ángeles acariciados por el ángel de la inocencia, dos tiernos pimpollos mecidos por las brisas del cielo; mañana serán jóvenes, serán hombres, serán ciudadanos, y ante todo, serán cristianos, porque sus padres han sabido formar sus corazones, según el corazón de Dios; serán la rica corona que ornará sus frentes, blanqueadas por la nieve de los años.

He aquí dos hogares de la misma clase social y casi con las mismas circunstancias, como hay muchísimos en nuestra actual sociedad. El uno es tan desgraciado, y otro tan feliz. ¿Por qué? Porque en uno no reina Dios, y por eso no hay dicha; en otro Dios es el centro de todo, y por eso la paz reina en él

X.



¡Señor, enséñanos á orar!

JESÚS acababa de inaugurar su predicación. Un día, día memorable, en que su espíritu se iba á revelar con la intimidad de amigo á un número reducido de hombres, muy de mañana, silenciosas, viéronle acercarse las riberas del Tiberiades, y las olas humillaron sus arrogantes crestas, rindiendo homenaje á su divinidad, y las flores exhalaban fragantes aromas, y las avecillas saludaban á su criador con melodiosos acentos, y la naturaleza entera sentía rejuvenecerse con la presencia de Jesús. Entonces el Imán de las almas fijó su dulce mirada en algunos pescadores que allí solícitos andaban á sus faenas, y ellos, dejándolo todo, le siguieron sin vacilar. En adelante Jesús les manifestó el más desinteresado cariño, y adherido á ellos con íntima unión, quiso infundirles su mismo espíritu para que fuesen las columnas de su Iglesia. En la soledad, cuando separado de las turbas su alma sentíase más intensamente bajo el influjo de la divinidad, rodeado como otro Jacob de sus doce Apóstoles, les abría el corazón, y todas las efusiones de su alma, todas las irradiaciones de su amor, todos los tesoros inefables de gracia, de luz y de gloria, que el Espíritu había depositado en El, salían radiantes de su boca, verdadero oráculo de la Divinidad.

Poco tiempo después, una tarde, cuando ya el crepúsculo iba perdiendo sus dorados matices, y la noche tendía su fúnebre manto sobre la tierra, se retiró Jesús á una montaña, la de las *Bienaventuranças*, para entregarse á la oración. La tradición ha conservado memoria de este lugar santificado por la presencia de Jesús, de este nuevo Sinaí, donde el Salvador, en presencia de una multitud innumerable, ha promulgado la Ley de Gracia, no entre relámpagos, y truenos, y temblores de tierra, y columnas de fuego, sino entre coros beatíficos, y melodías de ángeles y fulgores de gloria.

A poca distancia del lago de Tiberiades, cinco kilómetros poco más al Oeste de Magdala, existe una colina que se eleva humilde y solitaria sobre la llanura como unos setenta metros. Es el Monte de las Bienaventuranças. Los árabes, tomando fundamento de la forma especial de esa preeminencia,

le han dado el nombre de *Koxum Hattin*, cuernos de Hattin. En sus laderas se ven todavía restos de muros y de edificios derruídos, testimonios auténticos de las luchas que allí tuvieron lugar en la Edad Media entre infieles y cristianos.

Al día siguiente de aquella tarde, en que Jesús subió á esta montaña á orar, subió también el pueblo, guiado por los discípulos, ansioso de oír sus armoniosos acentos. «Sentóse entonces Jesús; su corazón y su boca se abrieron» (1), y «habló de muy diferente manera que los Escribas y Fariseos, habló como Doctor y Maestro bajado del cielo (Mat., VII, 29)». Y revestido de sobrehumana grandeza, pronunció aquel sublime discurso, que la piedad cristiana ha denominado *el Sermon de la Montaña*. Los discípulos, que enseñados por el Espíritu Santo, comenzaban ya á iniciarse en las cosas sobrenaturales, cuando oyeron las acerbas recriminaciones que hacía Jesús á los Fariseos, conociendo cuán distantes estaban ellos mismos del espíritu evangélico, con sencillez de niños dijeron á Jesús: *¡Señor, enséñanos á orar como enseñó Juan á sus discípulos!* (Luc. XI, 1); y Jesús pronunció la oración en su forma ideal, necesaria, absoluta, la oración que dirigen los hijos de Dios á su Padre. Habéis de orar así, añadió Él: «Padre nuestro, que estás en los cielos...» (2).

El espíritu moderno, en el cual respiramos y vivimos, connaturalizado ya con las creencias y doctrinas de nuestro siglo, no puede comprender la honda impresión que debieron producir en su auditorio estas palabras de Jesús. El desarrollo y progreso de la idea religiosa, que implicaba esa oración, era inmenso. Sólo comparando las hábitos y formas deprecatorias que empleaban en tiempo de Jesucristo, y después, aún los espíritus más eminentes y allegados á Dios, se puede apreciar en su justo valor la enseñanza de Jesús. La idea de la filiación divina, de la remisión y providencia, del amor desinteresado é intimidad entre la criatura y el Criador, según se reflejan en las plegarias y súplicas del Antiguo Testamento, son una sombra densísima comparadas con las sublimes enseñanzas que encierra el *Pater noster*. Aun el misticismo

(1) P. Didón. *Jesucristo*; lib. 3^o, c. IV.

(2) Según San Lucas, tuvo lugar esto en las cercanías de Jerusalén, pero ya antes había pronunciado el Salvador otra vez la Oración dominical en la Montaña de las Bienaventuranzas, como lo indica San Mateo (VI, 7).

cristiano de los primeros siglos, que en multitud de apócrifos se esforzó por encarnar en forma de plegarias la idea religiosa de aquellos tiempos, se quedó, sin embargo á una distancia infinita de las alturas á que Jesús había exaltado á los hombres en su modelo de oración.

Sólo así puede concebirse el respeto y veneración é instancia con que los discípulos repetían la plegaria de su Maestro, sobre todo cuando, después de la Ascensión, se vieron solos entre tantos peligros. La misma Virgen Santísima, cuya conciencia inmaculada no le permitía pronunciar de corazón las palabras «perdónanos nuestras deudas», era, sin embargo, la que más intensamente apreciaba y repetía la plegaria de su Hijo. En el Cenáculo, donde los Apóstoles y discípulos de Jesús permanecían unánimes en oración ¿con cuánta fe y confianza y amor repetirían esa misma plegaria ellos, á quienes Jesús había dado esta solemne palabra: «Pedid y recibiréis: todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, se os dará? (Mat. VII, 7; Joan. XVI, 23)».

Los primeros cristianos heredaron de los Apóstoles toda la veneración que éstos profesaban á la oración dominical. Según la *Doctrina de los Apóstoles*, precioso monumento que data del siglo primero, todos los cristianos debían repetir esa oración tres veces al día (cap. VIII). Además, como no podía menos de suceder, desde los primeros tiempos se al introdujo en el oficio de la Misa. Así lo dice San Agustín, y San Agustín aquí no hace más que atestiguar una costumbre ya antigua (1).

Los escritores eclesiásticos y comentaristas cristianos continuaron prodigando elogios, exponiendo y arraigando más y más en los fieles la devoción á esa plegaria que Tertuliano denomina *Breviarium totius Evangelii*: Compendio de todo el Evangelio. Este mismo escritor, Orígenes y San Cipriano, los tres del siglo III, consagraron un libro á su exposición. Después de ellos, San Crisóstomo, San Agustín, Venancio Fortunato, etc., siguieron su ejemplo.

Hoy, después de un período de renovación, que ha durado veinte siglos, en los cuales el sentimiento cristiano, emancipado por un esfuerzo supremo de las antiguas preocupaciones, se ha elevado á las regiones del espiritualismo ideal, y

(1) *In Ecclesia ad altare Dei quotidie dicitur ista dominica oratio, et audiunt illam fideles.* Serm. LVIII, 4.

desde allí ha dirigido su mirada perspicaz sobre lo pasado, sobre lo presente y sobre lo futuro, para definir después el misterio de nuestra existencia y de nuestro destino, de ese anhelo y sed de lo infinito que atormenta continuamente á nuestro inquieto corazón, con todo no ha superado, ni siquiera ha igualado, las inspiraciones sublimes, las enseñanzas divinas del *Padre nuestro*. Por eso vemos que en nuestro siglo, á pesar de sus brillantes conquistas, y progresos y prodigios, todos los que tienen conciencia de lo que son y de lo que pueden ser, sabios é igncrantes, la sociedad en masa, postrada de hinojos ante una imagen veneranda, ante la imagen consoladora de nuestra bendita Madre la Virgen del Rosario, repite con más ardor, entusiasmo y energía que nunca las palabras de Jesús, los gemidos entrañables del desterrado, la plegaria eterna que ha de renovar nuestro sér y colmar los deseos vehementísimos de nuestro espíritu.

Santuario de la Peña de Francia

EL SALTO DEL NIÑO

TOMAMOS de la *Historia de la Invención y Milagros de Nuestra Señora de la Peña de Francia*, escrita por el Rvdo. P. Presentado Fr. Mateo Vasco Pazza, que se conserva manuscrita en este convento de San Esteban de Salamanca, el siguiente relato de un hecho milagroso acaecido en dicho santuario el mes de Mayo de 1505:

«En el mes de Mayo de este año (1505), vinieron á visitar á Nuestra Señora dos hombres con sus mujeres, vecinos de Sanfelices de los Gallegos, trayendo consigo algunos hijos de ambos matrimonios. Tocaron á Misa mayor y se fueron á la iglesia á oirla y con ellos los muchachos. Uno de éstos, de pocos años, sin advertirlo sus padres, se salió de la iglesia y se fué hacia lo más alto del risco, que estaba entonces igual con el piso de lo que hoy es plazuela, en la que no había el resguardo de la cerca. Llegó hasta el borde del más profundo despeñadero, pues puntualmente fué el sitio donde terminan los portales, en la esquina sobre que está una cruz de piedra, distinta de otra cruz que hay en la misma pared, pero más arrimada al convento. El niño, á fuer de tal, se asomó al ris-

co y, ya fuese por habersele desvanecido la cabeza, lo que sucedé á muchos, ó ya por otro motivo, cayó precipitado de lo alto (eslo tanto que mete grima y causa terror mirarlo), cayó, decíamos, desde lo alto al profundo. Concluída la Misa, salieron los padres acompañados de los otros hijos. Echando de menos al precipitado, que se llamaba Juan, preguntaron á los otros muchachos por él. Respondieron éstos que había entrado con ellos en la iglesia, que después no lo habían visto. Buscáronle por todos aquellos sitios en que les parecía pudiese estar. No lo hallando, su madre se entró en la iglesia á tiempo que la Comunidad estaba en la Hora de Nona y, como si los religiosos fueran responsables, les pedía á su hijo á desentonadas voces y descompasados gritos. Acabada la Hora, salieron los Padres de la capilla de Nuestra Señora, y supieron que la causa de las voces y gritos de la mujer era porque no parecía su hijo. Había entre las demás personas dos hombres que andaban subiendo leña. Preguntados si lo habían visto, respondieron que sí, y que fué al mismo tiempo que ellos entraron en la iglesia á adorar á nuestro Dios Sacramentado, porque oyeron tocar las campanillas á la elevación de la Hostia, y que entonces lo habían visto á la puerta de la iglesia. Recelando que hubiese caído en un aljibe ancho que está dentro del convento y llaman el *Pozo Verde*, fueron á registrarlo y no lo hallaron.

Los Padres del Convento, que eran once, como prácticos en la tierra, divididos, la recorrieron, por ver si acertaban á encontrarlo. La madre tomó la cuesta abajo hasta la primera fuente por si acaso, como niño, hubiese bajado á beber en ella. Mientras los unos practicaban estas diligencias, los otros cinco, á saber, los dos arrieros, un hombre de la Alberca y los dos de Sanfelices se asomaron, arrastrándose por el suelo, para hacerlo sin peligro, al mismo borde del risco, por donde se había precipitado el muchacho, y todos ellos vieron en lo profundo, á raíz del mismo risco, á un hombre, que les pareció como de veinticinco á treinta años. Diéronle voces, que no oía, preguntándole si había visto á un niño. Cuando ellos estaban voceando, llegó la madre de vuelta de la fuente, á donde había bajado. Enterada de que estaba un hombre al pie del risco, arrastrándose por la punta de él, como lo hicieron los hombres, se asomó y halló que el que á los demás había parecido hombre, era lo que ella y todos buscaban, por lo que en alta voz dijo: *Aquel es mi hijo, aquel es mi hijo*. Volvieron á asomarse todos y hallaron, no sin grande admi-

ración, que el que antes les había parecido hombre hecho, era el niño, como su madre decía. Tomando un rodeo grande, bajaron por él su padre, su compañero, los dos arrieros y el hombre de la Alberca. Cuando llegaron donde estaba, lo hallaron alegre, sano y bueno. Preguntóle su padre que quién lo había traído á aquel sitio; respondió que había caído. Preguntado que de dónde, señaló el sitio, y era el mismo donde estaban los que habían quedado asomados, por lo que se vió ser el más alto. Admirados, y con sobrada razón, de que no se hubiese hecho menudos pedazos, lo decían así los unos á los otros. Oyendo el niño las preguntas que los hombres se hacían mutuamente, satisfizo á ellos, y juntamente á su admiración, con una respuesta que se la causó mayor, pues dijo: *que cayó, pero que, cuando iba en el aire, lo cogió una mujer, la que impidió que diese el golpe en el suelo; que después que lo puso en él, lo tomó por la mano y lo trajo hasta aquel sitio y dejado entre aquellos panes.* (Creyó, como niño, que era pan la yerba, que está por allí muy crecida, á causa de no subir los ganados á pastarla). Subiéronlo después de esto, y preguntado y repreguntado por los Padres del convento de lo mismo que su padre con los otros le habían preguntado al pie del risco, siempre respondió lo mismo, oyéndolo todas las mencionadas personas y otras que habían acabado de llegar á visitar á Nuestra Señora. Cuando cayó, llevaba en la cabeza un pañuelo blanco, ó por adorno ó por abrigo. Echándolo de menos su padre, cuando estaba al pie del risco, le preguntó por él, y respondió el niño: *que, cuando venía por el aire, se le había caído de la cabeza.*

Efectivamente, fué hallado algunos días después, en un descanso que hacía la prominencia de un risco, medio entre el suelo y el borde, por donde el niño había caído. Tomóse por testimonio, y leído el contenido de él á los mismos que habían intervenido y presenciado el caso, dijeron que todo cuanto en el testimonio se relacionaba, era lo mismo que todos ellos habían visto y presenciado. Para que el niño tuviese más en su memoria el beneficio recibido, quisieron sus padres que, dejando el apellido de *Tetilla*, que era el de su padre, se llamase, en adelante, *Juan de Francia*, y por este nombre y apellido fué conocido todos los días de su vida, tanto en la villa de Sanfelices como en todos los pueblos comarcanos.

SECCIÓN DE NOTICIAS

Protesta.—Ya tendrán nuestros lectores noticia de los horribles sucesos de Barcelona. No pretendemos reseñarlos aquí, pues toda la prensa ha hablado de ellos largo y tendido. Sólo queremos consignar nuestra protesta contra las salvajadas llevadas á cabo por los enemigos del orden de la Patria y, principalmente, de Dios. Saquen nuestros lectores de esos hechos una lección práctica muy importante en las actuales circunstancias. Los principales actores en los trágicos sucesos que han ensangrentado las calles de Barcelona y otros pueblos de Cataluña, han sido los republicanos. Estos hechos bárbaros nos revelan el programa de orden y justicia que llevaría al gobierno, si llegase á triunfar, el actual partido republicano que existe en España.

La Iglesia de España y la guerra de Melilla.—Copiamos de *La Lectura Dominical* del día 14 de este mes, lo siguiente: «En la espléndida acción caritativa de corporaciones y particulares en favor de los reservistas y de los heridos, figuran, como de costumbre, y de un modo muy principal, ilustres Prelados, comunidades religiosas y sacerdotes. Así el Rvmo. Sr. Arzobispo de Sevilla ofrece su palacio para albergue de heridos; el Sr. Obispo de Málaga consuela y socorre personalmente á los que de Africa han llegado á los hospitales de la hermosa ciudad; el Sr. Arzobispo de Zaragoza y otros Reverendísimos Prelados, abren suscripciones que inician generosamente en favor de los menesterosos de la guerra; y aun los que nada tienen, ofrecen sus trabajos, sus cariños y atenciones, como en los hospitales de Melilla, Málaga y otros, en los que las siempre abnegadas y dignísimas Hermanas de la Caridad, presentan hermosos ejemplos de sacrificio y cristiana solicitud. —Como de costumbre, cierta prensa, la que es el verdadero causante de todos los males públicos, oculta la parte que el clero toma en estas obras de misericordia; sigue en su plan de callar las virtudes de los sacerdotes, mientras no llega el momento de calumniarlas; con estos dos procedimientos se alienta el anticlericalismo, que luego se encargan de desarrollar los ladrones y las fieras de Barcelona».

Conversiones.—De la misma benemérita revista tomamos lo siguiente: «Durante los diez últimos años se han convertido en Inglaterra á nuestra santa religión, 446 ministros protestantes; 417 miembros del Parlamento; 205 del ejército; 66 de la nobleza; 60 médicos y 39 marinos. —De ellos, 209 abrazaron el estado eclesiástico, y 158 profesaron en comunidades religiosas».

Dominico premiado.—Recientemente la Academia francesa ha concedido al ilustre dominico P. Mortier, un premio de 1500 francos por el IV volumen de su grande obra *Historia de los Maestros generales de la Orden de Predicadores*.